

## TRANSICIONES

VÍCTOR ALEJANDRO ESPINOZA



## Los amigos, sonrían

Es lugar común afirmar que entre los activos más valiosos del ser humano está la amistad. Que, además, los amigos se cuentan con los dedos de una mano. Cuanta sabiduría. La amistad se diferencia de otros sentimientos por el desinterés, la tranquilidad y el buen humor. Pero resulta sumamente difícil hacer amigos; no hay fórmulas mágicas. Los amigos se encuentran. Dice el sociólogo italiano Francesco Alberoni en su bellissimo libro "La amistad": "La amistad comienza como un acto discontinuo, como un salto. Llegamos un momento en que experimentamos un fuerte impulso de simpatía, un interés y sentimos afinidad con una persona. Si ya la conocíamos de tiempo atrás, es como si la viéramos de un modo nuevo, por primera vez. Llamaremos a esta experiencia encuentro. El encuentro siempre es inesperado, revelador. Con la enorme mayoría de nuestros conocidos, nunca damos este primer paso para encaminarnos hacia la amistad. Podemos pasar juntos toda una vida sin que se verifique jamás ese contacto, ese chispazo que nos hace sentir atraídos hacia otro y desear un nuevo encuentro para llevar adelante algo que habíamos comenzado. La amistad se construye a través de una serie de estos encuentros, cada uno de los cuales retoma el precedente. Incluso cuando después de mucho tiempo encontramos de nuevo a nuestro amigo es como si lo hubiéramos dejado un momento antes".

Es cierto, cuántas veces hemos escuchado que alguien se refiere a su gran amigo como alguien cercano, cotidiano, aunque casi nunca se vean. Porque así es la verdadera amistad: Saber que el otro está ahí aunque la comunicación sea esporádica. Por eso resulta una dicha el momento en

que compartimos el encuentro; por eso no importan las distancias geográficas. Tres de mis mejores amigos viven lejos: Cristóbal en Roma, Marco en Guadalajara y Jorge en el Distrito Federal. Siempre son referencia cotidiana; siempre nos sonreímos, aunque sólo esporádicamente hablemos. No nos gusta abrumarnos, disfrutamos el mágico instante de volvernos a ver.

En estos días aciagos he podido encontrarme con mi amigo Jorge F. Hernández. Un hombre culto, inteligente y por lo mismo divertido. Los amigos nunca aburren; si lo hacen son otra cosa menos amigos. Jorge es un conversador inigualable (esta semana me ha contado la historia de una de las glorias cubanas del boxeo: Kid Chocolate, a través de un documental que filmara Eliseo Alberto en un encuentro que duró 72 horas ininterrumpidas). Así como conversa, escribe. Todos los jueves nos regala su columna en Milenio Diario: Agua de azar le llama a su colaboración. Pero además, ha escrito libros de cuentos, de ensayo, entrevistas y microhistoria. Con la "Emperatriz de Lavapiés", fue finalista del Premio Alfaguara de novela. Su gran afición es la fiesta brava. Vimos juntos el video de un programa de televisión conducido por Pablo Carrillo y donde le tocó comentar la impresionante faena de Rodolfo Rodríguez, "El Pana", del 7 de enero en la Plaza de Toros México. Su conocimiento de la fiesta de los toros me dejó impresionado, como al mismo "Pana". Nunca he disfrutado tanto una conversación entre un escritor y un torero poeta. Qué lección de valentía y resurrección de un matador que tocó fondo por el grave problema de alcoholismo que padecía. Pero regresó y nos brindó una faena memorable, que incluso para

los "villamelones" como yo, fue impresionante (me quedó con ese par de banderillas que colocó pegado al tercio y que llaman "Calafia", en honor a las que puso por primera vez en la plaza de toros de Mexicali).

A Jorge lo conocí en Madrid un 20 de noviembre de 1988 en casa de la hija del más grande historiador mexicano: Don Luis González y González. Nuestra primera conversación terminó en un Vips de la calle de Princesa hacia las 5:00 de la mañana y después de haber consumido una cantidad considerable de bebidas de moderación. Desde entonces nos hemos ido encontrando: Alguna vez en Tijuana y muchas más en el DF. Siempre con buen humor, siempre dispuestos a enfrentar a las adversidades. Ha sido un gran antídoto contra la vileza de algunos personajes de estos días. Habría que concluir con Alberoni: "En la amistad, la distancia entre lo ideal y lo real debe ser corta; no podemos proclamar una cosa y hacer otra. Los pactos han de ser respetados, la confianza recompensada. La amistad ha de ser leal, sincera límpida. El amigo debe querer el bien del amigo no con palabras sino concretamente, debe acompañarlo en los momentos de necesidad. En la amistad no se puede engañar ni hacer el mal, hay que saber cuáles son las virtudes del otro y valorarlas. El amigo ha de ser abierto, lleno de vida, divertido, no debe aburrir ni abrumar (...) La amistad debe ser fresca, ligera, incluso cuando es heroica. La amistad dice siempre, incluso delante de la muerte: 'No hay de qué'. La amistad es tan sólo un modelo ideal que requiere ser respetado. Mientras lo sigamos seguirá colmado de amigos, amigos que al vernos nos sonrían".

Correo electrónico: victorae@dns.colef.mx

El autor es investigador del departamento de estudios de administración pública del Colegio de la Frontera Norte.